



Víctor Flores Olea y la política de la cultura

La Jornada, 30 de noviembre de 2020

Murió el querido Víctor Flores Olea y nos deja más solos, pero con más referencias para la efeméride y la renovación del debate. Su ausencia, debería obligarnos a pasar revista a las muchas asignaturas pendientes de la izquierda mexicana que él, desde la cátedra y la dirección de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM; de la diplomacia y la promoción cultural, hasta la más diversa obra personal, quiso impulsar y llevar a buen paradero. No creo exagerar si digo que fue uno de los primeros y más finos visitantes de un marxismo sofisticado y elegantemente alejado del absurdo complejo del “Diamat” y las violencias ortodoxas sobre el materialismo histórico. Inspirado por las lecturas de Gramsci y las muchas comunicaciones con sus pares europeos y estudiosos mexicanos del duro Marx, el humanista y el del modo de producción, Víctor abrió gran espacio para nuevas y ambiciosas reflexiones sobre México en un momento marcado por la turbiedad represiva del post 68 y la ira poco contenida de centenas de muchachos que reclamaban la libertad de sus dirigentes y lloraban a sus muertos y a los muchos desconocidos y escondidos aquel dos de octubre.

Fue gracias al empeño de Flores Olea, entonces director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, a su empeño por ventilar el irrespirable ambiente del cerco represivo y el decaimiento anímico de los jóvenes y sus profesores, que muchos empezamos a otear horizontes distintos. Los que nos daban la lucidez y el compromiso intelectual profundo de sus invitados a los Cursos



de Invierno y nos convocaban no sólo a pensar de nuevo y lo nuevo sino a interiorizar lo que Norberto Bobbio y sus coetáneos llamaron la política de la cultura.

En una entrevista en los lejanos años noventa Víctor apuntaba: “La idea de progreso y la científicidad del conocimiento, que es uno de sus principales motores, pueden llegar a carecer de sentido si su objetivo no es procurar el beneficio de los hombres, y este es imposible de alcanzar en una sociedad no democrática. Por tanto, la ciencia y el progreso deben permanecer subordinados a una interpretación humanista que implica el ejercicio concreto de la democracia” (Cfr., García-Robles, J. (1990). Cultura y cultura nacional: entrevista a Víctor Flores Olea. Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, 36(141), 177-180. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1990.141.52107>).

El país y nosotros con él nos fuimos por otros rumbos, hasta aterrizar en esta democracia de huarache y ocurrencia en que el cambio político y social de México y el mundo nos han depositado. Flores Olea estuvo ahí, recordando sus afanes por darle a la cultura nacional la impronta mundial, internacional y global que la hacen más nacional. Algunos de sus pares y maestros lo trataron injustamente y con rudeza, pero su empeño y realizaciones, en la UNAM y Conaculta, están con nosotros bien sembrados.

Sin imponerle nada a su trayectoria, diría que para Víctor Flores Olea siempre fue posible y conveniente que, para la izquierda, la política fuese cultura, como lo sostenían y trataban de vivirlo sus huéspedes de invierno como Rossana Rossanda y Susan Sontag; Fernando Claudín, K.S. Karol, Lucio Magri, Ernest Mandel. Entre muchos más con cuyas charlas aliviamos y alentamos unos talentos demasiado aporreados, pero por fortuna neciamente vivos.

Política y cultura en permanente fusión e integración cuya ambiciosa actualización debería ser aquel “pido latín para las izquierdas” de don Alfonso Reyes. También, la incansable y festiva prédica de Carlos Monsiváis por entender y enriquecer juntas a la cultura nacional y la cultura popular. O como quería el otro Carlos, Fuentes, la cultura no como un ejercicio minoritario al que se dedican unos cuantos intelectuales sino, afirma en su *Tiempo mexicano*, como un concepto global que subsume, que incluye y define el tipo de relaciones económicas, políticas, personales y espirituales de una sociedad.

Infortunadamente, lo inmediato impone desentrañar la métrica obtusa que el presidente ha impuesto a su Cuarta Transformación y no pocos de sus fieles se



empeñan en volver evangelio espurio. No va por ahí la gesta transformadora que reclaman el país y sus mayorías; el sendero apenas abierto lo acotaron nuestros maestros de las ideas y el verbo. No hay que olvidarlos.